

Miles de egipcios nacen, viven y mueren en las casas-tumbas de sus antepasados

LOS MEJOREROS DE LA MUERTE

EL CAIRO, especial para la "Revista del Domingo", por LUIS ALBERTO GANDERATS

—LA UNICA VEZ que en mi vida he sentido verdadero terror fue una tarde, hace ya varios años, en El Cairo. Tomé un bus en el centro para visitar alguno de los barrios y llegué a una zona pobre. Descendí de la carretera tomando un camino terroso y lleno de piedras, hasta llegar a una calle ancha, con veredas carcomidas por el tiempo y construcciones de aspecto señorial. Por ningún lado noté existencia de vida en esa especie de ciudadela. No sabía que era el cementerio. Miré hacia el interior de una de las "casas" y vi con sorpresa que en medio de la pieza principal había solamente una tumba. Regresé corriendo a la carretera. Nunca más, en los tres años que viví en Egipto, volví a esa ciudad muerta. Es espeluznante.

Este relato me lo hizo un viejo periodista español que ha vivido las dos guerras mundiales y la lucha civil española. Yo estuve en esa misma ciudad muerta.

Una noche subí a las cumbres del Mokkatan, que domina la capital de Egipto. La ciudad estaba alumbrada y los hermosos puentes sobre el Nilo hacían del espectáculo algo soberbio. Una cuarta parte de la ciudad de casi 4 millones de almas permanecía, sin embargo, totalmente a oscuras. Mi acompañante me dijo:

—Es la necrópolis de El Cairo. Visítela y tendrá mucho que contar.

El Karafeh —así es su nombre— me hizo recordar el tétrico sueño de la ciudad muerta que aparece en la película "Fresas Salvajes". Las tumbas egipcias, de acuerdo con una antigua costumbre, son instaladas dentro de verdaderas casas, con techos, ventanas, postigos, puertas y rejas. Muchas tienen jardines mustios y enredaderas que se encaraman por las paredes. En esas tumbas-casas se reúnen los familiares de los muertos en determinadas fechas del año y algunos se quedan varios días "acompañando" a sus muertos. Pero esa costumbre ha engendrado otro hecho, tal vez único en el mundo: hoy día debido a la falta de habitaciones y preca-



NUEVA COMPAÑIA: La corona recuerda al último difunto que llegó a habitar la tumba y que está enterrado bajo los pies de las pequeñas.

ria situación económica, unos 200 mil cairotas viven durante años y años en esas casas-tumbas. Gran parte de la necrópolis se encuentra habitada por estos "mejoreros de la muerte".

El sector que visité primero se veía vacío de vida. En una calle angosta, calzada de tierra y veredas de cemento, con restos de basura, papeles y escombros, aparecían de vez en cuando —entre pequeñas tumbas— grandes mezquitas y palacios-mausoleos, también vacíos, con sus rejas similares a los antiguos harenes, cubiertas de polvo. La soledad aturdió.

ESCALERA QUE BAJA

Entré a una casa con verde enredadera y paredes cubiertas de ladrillos rojos pulidos. En una de las piezas, oscura, sin ventanas, dos pequeñas de aproximadamente tres años jugaban con una caja de cartón junto a una tumba. Me miraron sorprendidas, pero siguieron jugando. Más allá, en el patio, dos niñas de 10 años sonrieron. No había nadie más en la casa, salvo los muertos. En el "dormitorio" los extremos de una tumba servían

de colgadores de ropa y unos cartones de lecho. Tirada en el suelo había una corona seca, perteneciente a alguno de los muertos que había llegado a habitar el mausoleo. ¿El abuelo, un tío, la madre?

Cuando salí una de las pequeñas estiró la mano:

—Bakchich, bakchich...

Es la forma de pedir propina. La miseria en Egipto difícilmente puede describirse en pocas palabras. Recordé en esos momentos la última conferencia de prensa del Presidente Nasser:

—La miseria no es de hoy y en todo caso es menor que ayer.

Los dos millones de egipcios de hace un siglo y medio se han transformado en treinta. El país tiene una de las mayores concentraciones de población del mundo, a pesar de su territorio inmenso, que llama a engaño cuando se mira el mapa de Egipto: de su millón de kilómetros cuadrados sólo 35 mil son habitables, o sea, menos de la vigésima parte de Chile. Con la represa de Asuán el *bikbachi* (coronel) Nasser pretende incrementar el territorio habitable en un 30 por cien-

to. Pero la población sigue creciendo. Es como tratar de subir por una escalera mecánica que baja. Se han hecho grandes esfuerzos: se creó un importante complejo industrial que elabora el algodón —principal producto del país— y otras materias primas; los cultivos agrícolas se han diversificado; el petróleo brota a razón de cinco millones y medio de toneladas al año. Pero la miseria permanece, mientras la escalera sigue bajando con una velocidad inexorable...

CEMENTERIO VIVO

A medida que me internaba en el cementerio la soledad y el silencio se hacían más sobrecogedores, en tanto que la orientación era cada vez más difícil. Las callejuelas cortaban repentinamente y las casas con jardines muertos, ventanas rotas y puertas entreabiertas producían mayor impresión. Después de corta edad jugaban sentados en la sombra de un mausoleo. Entre las tumbas colgaban cordeles con mantecada. Los niños lloraron al verme desde adentro de la "casa" saliendo a saludarme llevando un largo camisón usado y una barba de varios días. Luego apareció la madre trayendo sobre su cabeza, en milagroso equilibrio, un gran jarrón con agua. Me inclinaba a querer beber. La traía de lejos, que en la ciudad construida para los muertos no hay agua para los vivos.

Este problema, como muchos otros, no es exclusivo de estos "mejoreros de la muerte". Lo tienen también otras poblaciones de Egipto. Como existe o escasea el agua, la extracción del Nilo, la cual transmite enfermedades. Los niños y adultos visten la tradicional *galabia* —la misma que llevaba el hombre salido de la tumba— y que es un camisón rayado de franela, o un traje idéntico a la *jama listado*. Cuando son cientos de ellas las personas que caminan por la calle el espectáculo recuerda a un terremoto nocturno, en que todos escapan con ropa de dormir.

En una ancha avenida viva los muertos más ricos del cementerio.



PROMISCUIDAD: Ropa cuelga de las tumbas, niños juegan y lloran sobre sepulcros familiares. Casi 200 mil viven en téticas promiscuidad con sus parientes fallecidos.

mausoleos monumentales como palacio; mezquitas de torres heráldicas; plazoletas rodeadas de grandes tumbas donde están los restos de nobles o bajás. Allí reposan los padres y los abuelos de los antiguos gobernantes — muchos de ellos corrompidos — que huyeron al extranjero a la caída del rey Farouk o de los que se rindieron o han claudicado ante los ataques que sustentan la férrea dictadura de Nasser, el "faraón socialista" que muchos comparan con la de Stalin. Enterrados allí están aquellos que mantuvieron al pueblo egipcio en la miseria e ignorancia. Aun hoy el 70 por ciento de la población es analfabeta, y por desnutrición o enfermedades el 65 por ciento no es apto para cumplir su servicio militar. Enfermedades endémicas como la tuberculosis, oftalmía, amebas, hepatitis y epidemias de cólera han devastado el fellah — campesino egipcio — proletariado, hombres débiles que no podrán superarse con rapidez. El consumo de marihuana, que ha afectado a un tercio de la población, es otro factor que aniquila a las fuerzas vivas de Egipto.

En aquel sector del cementerio la vida irrumpió violentamente. Cada día aparecieron más niños — niños, niños — es la característica de El Cairo — y las vecinas con sus trajes de faldas largas y amplias "comadrearon" con el mismo entusiasmo de cualquier barrio obrero de Santiago. En la parte exterior tenía el aspecto de una casa en demolición. Por dentro se veían las fachadas y algunas muros a medio destruir, ocupando el espacio libre algo que podría equipararse a "mejoras" de madera, con terminaciones discretas, habitadas por hermanos casados y sus respectivas esposas e hijos.

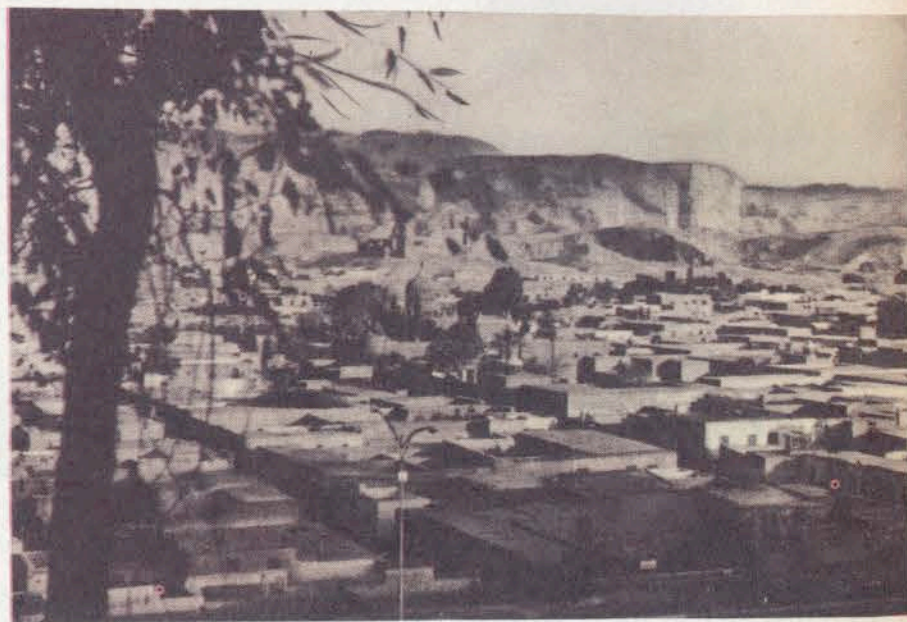
Esta era la tumba de mi familia — me explicó un joven en un inglés valiente —. Como en Egipto la nobleza es hereditaria a la muerte de mi abuelo la familia perdió todos sus privilegios. Mi padre terminó muy pobre. Yo no dejé de herencia esta tumba. Con el tiempo y el *kamsim* — ardiente viento que dura 50 días y arrastra las arenas del desierto — la destruyeron. Como no teníamos cómo comprar un sitio, edificamos nuestras casas aquí. Me mostró las tres casas y al llegar a una tumba con una especie de mortaja dijo:

— Aquí están los restos de mi abuelo.

LUGAR DE JUEGO: Dos niños se divierten dentro de un nicho



LA CIUDAD MUERTA: El inmenso cementerio de El Cairo, que cobija a los "mejores de la muerte".



Yo no lo conocí. La tumba de mis padres está junto a mi casa. Los mató el cólera hace ya varios años.

SORRY, SORRY

Unos niños me arrojaron piedras porque no les di *bakchich*. Había pasado a una zona aun más miserable de la ciudad muerta. En ella la gente no construye "mejoras" junto a sus muertos, sino que vive tirada en el suelo al lado de las tumbas.

Cuando regresé a la carretera las últimas luces se perdían tras las cimas peladas del Mokkatan y cientos de personas caminaban apresuradamente hacia sus casas antes de que cayera la noche. Regresaban del trabajo a la ciudad muerta. En el *karafeh* no hay luz. Algunas mujeres llevaban velos en el rostro, imitando a las clases aristocráticas que lo usan como signo de elegancia y no por razones religiosas. El egipcio, habituado a obedecer y a trabajar con la cabeza gacha durante siglos, siente un respeto y una admiración absurdos por la aristocracia local y por el extranjero blanco. Sólo durante la guerra hubo un brote de xenofobia, pero aun durante ella me tocó comprobar esa mansedumbre. Cada vez que me detuvieron por usar la máquina fotográfica o por simple sospecha, los policías actuaron con infinita prudencia. Difícilmente olvidaré un hecho que me golpeó duramente.

Como gran parte de los policías rasos son analfabetos, me detenían solamente porque no podían descifrar los signos de mi rompecabezas. Llevado a un puesto de policía era dejado en libertad inmediatamente. Una de esas veces el guardia que me había detenido al escuchar al oficial que mi carnet de prensa era de extranjero se apresuró a llevarme fuera del recinto policial. En seguida, y ante mi sorpresa, caminé a mi lado unos 20 metros golpeando las manos en actitud de aplaudir y sonriendo, mientras decía: "sorry, sorry..."

¿Y NASSER?

Cuando el taxi corría hacia el hermoso barrio central de El Cairo vi pasar por última vez las decenas de manzanas oscuras que están junto a la carretera. Pensé lo absurdo que resulta haber llevado a un pueblo como éste a una guerra inútil. Por una parte, Nas-

ser ha hecho esfuerzos por sacar al pueblo egipcio de la miseria y la ignorancia, pero por otra se mezcló en un conflicto bélico movido por afanes de liderazgo en el mundo árabe. Es una contradicción trágica. Un párrafo del libro "Filosofía de la revolución egipcia", de Nasser, dice:

— Hay héroes que desempeñan papeles importantes en el escenario histórico y en cambio hay papeles grandiosos y heroicos en la Historia para los que no se encuentran actores de altura. Ignoro por qué, pero me parece que en nuestra zona existe un pa-

pel importante que necesita un actor capaz de desempeñarlo. Y está claro que después de tantas tentativas infructuosas ese papel se le ofrece por fin a nuestro país. Porque nadie más que nosotros puede representarlo.

¿Aquí está la clave de la guerra que seguramente los "mejoreros de la muerte" no saben que han perdido?

Puede haber muchas respuestas, pero lo cierto es que ellos no podían desealarla. Antes de afrontar la muerte ellos querrán seguramente abandonar el cementerio.

TUMBAS Y HOMBRES: Los sepulcros coloreados del primer plano se instalan casi siempre dentro de un mausoleo-casa, como los del fondo. En ellos viven miles de egipcios sin casa.

